

TONY ROMAN

comenta
«el sol
en el espejo»

El jurado seleccionador tomó su decisión pocos días antes de que el certamen de San Sebastián fuera inaugurado. Antonio Román es la primera vez que concurre a un festival español.

—Por eso la noticia me ha producido aún mayor alegría. Fuera de España ya he estado presente en manifestaciones internacionales de este estilo. Por ejemplo, «Boda en el infierno» participó en Venecia, lo mismo que años después «Los clarines del miedo», las dos películas dramáticas. Luego, con «Bombas para la paz» ganó el Olivo de Oro en el festival de cine humorístico de Borghidguera.

—En años anteriores, la selección de películas españolas en el festival donostiarra no ha sido muy rigurosa ¿a qué cree que ha sido debido esto?

—No puedo contestar a esa pregunta, porque nunca he tenido una relación estrecha con este festival, y menos con lo que podríamos llamar sus bastidores. Pero quiero creer que esta vez la elección ha sido justa, pues el tiempo que han tardado en dar su fallo así hace suponerlo.

Como saben los lectores, «El sol en el espejo» es la adaptación cinematográfica de «Los pobrecitos». Pregunto:

—¿Por qué eligió la obra de Pasó?

—Los personajes de esta comedia desean creer ardentemente que en la vida jamás se pierde la partida definitiva. Es, pues, una llamada a la esperanza de los hombres; y pienso que eso, de por sí, merecía la pena ser desarrollado.

—¿Qué transformaciones especiales se han introducido en la pieza teatral?

—Hay notables variaciones tanto en la forma como en el ritmo, e incluso en el mismo diálogo.

—¿Cree usted que la forma de realismo de «Los pobrecitos» —y suponemos que también la de «El sol en el espejo»— es adecuada dentro del actual cine español?

—Opino, que no es ni la mejor ni la peor, sencillamente, una de las formas del realismo. Admiro, por ejemplo, el de Azcona y Ferrari del «Pisito» y «El cochecito», pero creo que el de «El sol en el espejo» es también importante. Es lo que se llama «realismo mágico»: una forma en donde la realidad tiene una especie de aura de fantasía o milagro a su alrededor. En la literatura española ya tenemos algunos ejemplos: Sánchez Ferlosio, Goytisolo, García Hortelano... Lo que debe de hacer nuestro cine es acercarse a esta tendencia, pero nunca forzarla, porque dejaría de ser, en ese mismo instante, humana.

C. P.



buen cine para pocos: «la riviere du hibou»

EN un plazo relativamente breve, en Madrid, se han exhibido: «El posto», de Olmi y «Banditi a Orgosolo», de De Seta, en el Instituto Italiano de Cultura, «La riviere du Hibou», de Roberto D'Errico, «Tout l'or du monde», de Rene Clair, «Cleo de 5 a 7», de Agnes Varda y «Leon Morin, prêtre», de Melville, en un ciclo desarrollado en el Callao. Y «Banditi a Orgosolo» —otra vez— y «La isla desnuda», de Kaneto Shindo, en programas del Cine Club Madrid. También está aquí «Divorcio

una película norteamericana, en versión original con rótulos. Antes, «La vuelta al mundo en ochenta días» corrió la misma suerte —la buena suerte— porque Cantinflas se oponía a que nadie le doblase.

Yo me pregunto: ¿es que en un film que tiene como mayor mérito el reencuentro del público con la Garbo, no se podía haber dejado la banda sonora original? Justamente en la medida, evidente y cierta, en que la sueca escapa a la mecánica perfecta e impersonal de tanto gran actor del cine nor-

CINE NUEVO, CINE VIEJO

a la italiana», cuya posible proyección en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas tiene en vilo a los alumnos desde hace un par de semanas...

Aun descartando la película de Germi, quedan en la lista dos grandes premios: «La riviere du Hibou», mejor cortometraje en Cannes (y antes en varios festivales de cine corto) y «La isla desnuda», primera clasificada en el último festival de Moscú. Sin premio, pero espléndidas, están «Banditi a Orgosolo», «El posto» y «Cleo de 5 a 7». (A pesar de los tijeretazos previos que recibió aquí el film de Varda.)

Nos preguntamos por qué todo este espléndido cine circula un poco de tapadillo y no llega al gran público, rescatándolo de la adocenada programación habitual. Ciertamente, la importación determina los cupos nacionales, y una serie de consideraciones los títulos que pueden cubrir cada uno de ellos. Sin embargo, el cine es, además de una industria, una expresión cultural. Y uno se rebela contra el hecho de que nuestro público no pueda ganar dos horas viendo cualquiera de estas películas en lugar de perderlas ante un cinematógrafo standard. De esos que se estrenan todas las semanas. De esos que repiten, una vez y otra, la historia de unos cuantos personajes convencionales.

En esa media docena larga de films, no estrenados en sesiones comerciales, hemos tenido una buena oportunidad de conectar con algunos aspectos del moderno cine europeo. Al menos, del cine Occidental, que gobiernan, mal avenidos, Italia y Francia. Un cine inteligente, personal, un «cine de autor», que, en algunos casos, habría desconcertado a nuestro público habituado —salvo excepciones de rigor— a un cine superficial y de receta. ¡Qué lástima que ese público se quede sin este cine!

la «divina greta»

Mucho público en los cines donde se proyecta «Margarita Gautier». Existía curiosidad por ver al jovencísimo Robert Taylor, y, sobre todo, por juzgar a Greta Garbo desde nuestro momento.

Un hecho se oponía a este examen: el doblaje. Había un poco de trampa, porque íbamos a ver una Greta reducida a un tanto por ciento de sí misma. Empezaba el engaño en la simple traducción de los diálogos. Se consumaba en la sustitución de su voz.

Hace poco se proyectó y explotó comercialmente

